

«El comité, dijo, por respetos á la Convención no ha creído oportuno proponer el arresto que se solicita y pide por patriotismo y á la generosidad de los patriotas la suspensión voluntaria de sus poderes.»

Isnard se levantó inmediatamente y se sacrificó como víctima expiatoria. Sus violencias, su insensato anatema contra el pueblo de París sirvió más que otra cosa como pretexto para la insurrección. Más que nadie el debía humillarse, inmolarsse.

Fauchet, siempre cristiano, confesando y comulgando á la hora de la muerte, aceptó también la degradación.

El buen viejo Dussaulx ofreció su dimisión.

Lanthenas, el amigo de Roland, cometió la torpeza de hablar no en su nombre solamente, si no en el de los Veintidós que nada le encargaron: «Precipitémonos, dijo furioso, en el abismo...»

Barbaroux estuvo admirable en su resignación y su energía: «¿Cómo he de ser sospechoso cuando recibo testimonios de simpatía de treinta departamentos y de cien sociedades populares? Si la Convención, sin embargo, cree que debo ser suspendido obedeceré el decreto.»

«En cuanto á mí, dijo Lanjuinais, he demostrado cien veces mi valor y mi patriotismo para que me resista ante una orden de la Convención.»

Desde las tribunas y de un lado de la Montaña partían gritos de muerte; la agria voz del capuchino Chabot sobresalía de las demás injuriando á Barbaroux.

Marat desaprobó la medida propuesta por el comité: «Es dar á los conspiradores el honor de una desautorización. ¡Y quién es quien ha de desautorizarme á mí, verdadero mártir de la libertad!»

Billaut-Varennes: «La Convención no puede provocar la suspensión. Si son culpables que sean acusados.»

En las puertas se produjo gran alboroto. Cuando habló Levasseur algunos miembros quisieron salir, pero no pudieron. Se hizo venir al comandante del puesto: «No son más que mujeres, dijo, *que expresan el deseo de que no se marche ningún diputado.*»

La Asamblea quedó satisfecha de esta primera explicación. Pero después, no había que dudarle, había quedado prisionera. Era la hora ordinaria de la comida en esta época. Los diputados encerrados desde la mañana sentían la necesidad de probar un bocado. El girondino Dupeyron quiso salir, pero no pudo.

Algunos diputados de la derecha, el venerable Dussaulx fué rechazado duramente. Entró de nuevo con la indignación de un militar sobre quien han puesto las manos. Boissy de Anglas, más joven, empujó é hizo esfuerzos por salir, pero lo cogieron de la garganta y le destrozaron el traje. Cuando subió á la tribuna enseñó su camisa y su corbata con manchas de sangre.

La Montaña misma no pudo resistir este vergonzoso espectáculo. Lacroix se abalanzó contra la gente, pero fué rechazado como los demás.

Gregoire se presentó ante la gente y pidió que se le dejase hacer un servicio indispensable: «Conforme, se le añadió, pero permitiréis que os escolten cuatro fusileros.» Este hecho revela el estado innoble en que se había colocado á la Asamblea. La Convención ya no existía.

La Montaña hervía de indignación y furor. Barere acusó de tiránica á la Comuna. «Un español, un extranjero se sienta en ella como dueño de París.»

Barere añadió valientemente: «¡Muerte á quien atente contra la libertad de los representantes del pueblo.»

Cuando se interroga al comandante de la segunda legión que hacía guardia en las Tullerías, dijo: «Yo no tengo puesto en la Asamblea, desconozco la consigna.»

Cambon dijo finalmente: «Con el fin de que el movimiento que se prepara no redunde en beneficio de la aristocracia, es preciso que la Asamblea encargue al comité de Salud pública la venganza de la majestad nacional.»

El diputado Saurine dijo: «El oficial que dió la consigna fué el capitán de la fuerza armada, Bonconseil.»

La pólvora no hubiera producido mayor explosión. Bonconseil, Lhuillier, Robespierre, tres nombres sinónimos.

Barere y el comité de Salud pública trataron con la Comuna y hablaron en la Convención contra los partidarios de la *insurrección brutal*. Vieron con gusto como pasaron estas fuerzas á la *insurrección moral*, á los políticos, á los Jacobinos. Los suponía á estos demasiados sagaces para que conservaran su actitud amenazadora contra la Asamblea, por que hubiera sido provocar la guerra civil como resultado infalible de una violación directa de las libertades de la Convención.

Así lo creyeron y se equivocaron.

Cuando oyeron el nombre de Bonconseil dijeron que todo estaba perdido.

Barere se abalanzó á la tribuna: «Demostremos, dijo pálido, demostremos que somos libres. La fuerza armada protegerá á la Convención.»

¿Cuál era su propósito? ¿Creyó efectivamente que los Jacobinos eran los dueños de la situación? Quizás pensara en la actitud muy favorable de la guardia nacional hacia la Convención y pretendiera ganar tiempo para salvar á la Asamblea.

Mallarmé abandonó la presidencia cuando vió que estaba prisionera la Asamblea. Se nombra á Gregoire, pero este rehusó la presidencia. Se nombró, pues, á Hérauld de Sechelles, hombre débil, dantonista sin espíritu. Cuando se puso frente á la Convención le siguió el centro, cien diputados que había entonces.

El joven Meillen que tan malos consejos había dado por la mañana á la Gironda, los siguió también. La Montaña quedó inmóvil. Las mujeres gritaron: «No os movais que hay peligro.»

Los jacobinos y maratistas no pudieron ver cómo sus compañeros se iban á arrojar á la boca de los cañones y por fin se levantaron con el propósito de seguir igual suerte.

En realidad había peligros. La guardia nacional estaba muy lejos. Apenas se veían estas ochenta mil bayonetas desde la Convención. Era difícil la comunicación con este gran núcleo de fuerzas. La Convención estaba cercada por todas partes.

Sólo se veían pequeñas fuerzas creadas por las secciones, gentes que á cada momento tiraban del sable para cobrar la paga.

El general Henriot era un charlatán, un sacamuelas de poderosa voz sin más mérito que el de haber sido encarcelado por la policía en Bicetre.

El arrabal de Saint-Marceau, que en sus grandes miserias necesitaba un ídolo, un amor, al haber perdido á Lazowski adoptó á Henriot. El Obispado lo nombró general por una sola consideración, por ser sucesor de Lazowski.

Henriot era una cabeza vacía, inútil, sin una idea. No tenía más que palabras. Cuando se necesitaba presencia de espíritu Henriot se emborrachaba. Casi borracho pasó el 2 de Junio y el 9 Thermidor.

En este estado el general era muy peligroso. Decía *no* por *si* ó viceversa con la mayor frescura, pudiendo causar grandes daños aun á sus propios amigos. El día 2 de Junio la sección que le era devota le envió un orador y lo insultó groseramente; semejante individuo á la cabeza de ciento cincuenta hombres formados, podía equivocarse y arrasar lo mismo á la Gironda que á la Montaña.

Herauld y la Convención salieron en masa del pabellón del Reloj y se encontraron frente á Henriot.

Las fuerzas de éste estaban muy lejos de opinar de un mismo modo. Unos gritaban ¡viva la Montaña! y otros vitoreaban á la Convención.

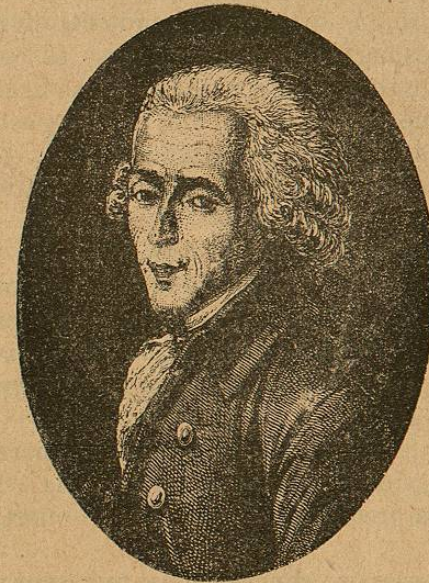
El presidente de la Convención dijo: «¿Qué pide el pueblo? La Convención está para labrar su dicha.»

El general moviendo la cabeza dijo: «El pueblo no se ha movido para escuchar frases, si no para comunicar órdenes. Necesita treinta y cuatro víctimas. ¿Víctimas? dicen los diputados. Pues lo seremos nosotros.» «¡Artilleros, á vuestro sitio!» gritó el general. La comedia estaba preparada. Unos veinte bribones presentan las puntas de sus sables y bayonetas.

¿Henriot sabía que la Montaña salió para acompañar á la derecha? Creía que solo era la derecha la que estaba frente á él. El cañón hubiera podido ser disparado al azar. Los que manejaban la artillería veían cañones desde hacía dos días. Uno cogió fuertemente del brazo al presidente y lo condujo hacia la izquierda, donde estaba el pabellón Marsan. Se dejó conducir y arrastró consigo á los diputados. No encontró por esta parte más que respeto y silencio.

La negligencia de Herauld de Sechelles partía de las indecisiones de Danton su jefe, hasta el extremo de mostrar una vergonzosa duplicidad. Sin duda hubiera dicho cuando se encontraba prisionera la Asamblea: «Es necesario la cabeza de Henriot» para decirle hipócritamente después al general: «No tengáis miedo.»

La Convención pasaba de nuevo por el pabellón del Reloj y descendía al jardín. Algunos diputados jóvenes salieron á una terraza y vieron gran número de guardias nacionales, legiones enteras aisladas



LEBRUN

de la Convención. Hicieron señales á los diputados como para decirles: «Vamos ahí por vosotros.» Estos diputados descendieron rápidamente y se unieron á la Convención cuando estaba próxima al estanque. Marat, seguido de veinte muchachos, gritaba: «Los diputados fieles que permanezcan en sus puestos.» La cola era la Montaña dantonista ó independiente; no estaba sostenida por Danton y al escuchar á Marat regresó al palacio y fué á unirse dócilmente con los treinta diputados montañeses y jacobinos que se habían quedado en la sala.

La derecha, que abandonó la sala yendo á la cabeza, cuando regresó iba á la cola, triste y resignada, vencida.

Desde el banco de los treinta se oye la voz de Couthon, quien dice dulcemente: «Habéis encontrado al pueblo cariñoso y magnánimo siempre; no pido en su nombre un decreto de acusación, si no que se arreste

á los Veintidós, al comité de los Doce y á los ministros Clavieres y Lebrun.

Legendre pidió que se exceptuara uno de los Doce y Marat tres de los otros. Cuando se leía el decreto, Marat decía: «Excluid á éste, añadid aquél...» La derecha pidió que se hiciera votación nominal.

Los diputados emitieron diversos juicios, y finalmente la votación se efectuó en terrible mezcolanza, pues mucha gente del pueblo se había sentado amigablemente entre los diputados.

Cuando se leyó el decreto gran número de diputados rodearon al secretario para que hiciera constar en el acta la protesta por haberse atentado contra la libertad de la Asamblea.

El presidente hizo que firmaran la protesta en una hoja de papel suelto. «Cuando Robespierre fué más poderoso se buscaba la forma de quemar la hoja en que se hacían constar aquellas firmas.»

Durand-Maillane, el secretario dió por el gusto á los vencidos, destruyendo su protesta, y á los vencedores dejándoles falsificar su acta, borrar cuanto pudiera significar que se procedió con violencia contra la Convención.

Antes de que terminase la sesión una comisión que pretendió representar al *pueblo en masa* agradeció á la Asamblea su comportamiento y *ofreció rehenes* en número igual al de diputados arrestados: «Acepto, dijo Lanjuinais, para evitar la guerra civil.»—Pero Barbaroux rechazó esta proposición y dijo que se entregaría generosamente á la lealtad del pueblo de París.

Eran las diez de la noche. Herault había desaparecido. Mallarmé se sentó de nuevo en la presidencia para levantar la sesión. La Montaña se deslizó. La derecha pretendió salir por una puerta que había á su lado.

Para pasar era necesario conocer el santo y seña. Los representantes rechazados se dirigieron al presidente que, abismado en la vergüenza que le producía aquello y arrimada la nariz á unos papeles, dijo: «Yo no me meto en eso.» Un ujier, efectivamente dijo que la Asamblea era prisionera. La Comuna podría levantar la consigna. Se esperó un cuarto de hora.

Nada faltó á la realización de este triste acontecimiento. En los Campos Elíseos podían observarse los aprestos para un sitio, todo el material de artillería y otras máquinas de guerra. ¡Este era el buen sentido de Henriot!

Por la noche en el Teatro Francés (Odeon) y en alguna sección sin duda, se habló de los sucesos del día. Bournonville, el primero que propuso la República, formuló una protesta contra el 2 de Junio y la envió á las demás secciones.

La laxitud era general. Se sentían deseos de que terminara la crisis. La guardia nacional desde hacía algunos días que se la tenía constantemente sobre las armas.

Los húsares de la escuela militar, de los cuales había setenta y dos sin caballos, no podían regresar á su cuartel. Muertos de hambre hubieron de permanecer en la sección de las Cuatro Naciones, donde se les dió de comer. Durante la noche y el día se procura acaparar subsistencias.

El comité revolucionario pide al Hotel de Ville que se le envíen de las secciones vecinas ocho comisarios para proceder á *desarmar y arrestar* á todos los sospechosos. En los Derechos del Hombre el más pobre de los distritos del Marais, se redactó la lista de *sans-culottes* para pagarlos sobre el campo.

En la sección de Greuville se desmintió que hubieran sido detenidos los diputados. Otros justificaron la detención añadiendo que era una medida de Salud pública.

La Convención había prometido para el 10 de Agosto una *Federación general*.

Estas palabras, que recordaban un período de paz y esperanza, fueron acogidas con aplausos.

Los jacobinos no seguían tampoco una marcha decisiva. Obligados á abandonar su plan de insurrección moral y á recurrir á la *insurrección brutal*, los jacobinos estaban apesarados. Las secciones jacobinas tantearon á las otras. La sección de Bonconseil trabajó de un modo infatigable. Toda la noche por medio de sus diputados visitó á las otras cuarenta y siete secciones, ofreciendo «el beso de fraternidad.»

Que nos dispense el lector si hemos contado minuciosamente estos acontecimientos. Debemos hacerlo así.

Ningun hecho ha tenido en sus comienzos tal gravedad. El 2 de Junio del 93 contiene en Fructifidor y Brumario, todos los golpes de Estado que siguieron.

Pero se han resucitado acerca de estos hechos extraordinarias polémicas, vivas discusiones, á pesar de que existe un testimonio irrecusable. Sobre ningún hecho histórico han podido atraerse tantos rayos de luz.

Este acontecimiento ha entrado en las páginas luminosas de la historia y de la justicia.

Dos cosas se establecerán como consecuencia de estos últimos capítulos:

La política girondina en los primeros meses del 93 *fué impotente, ciega*, perdió á la Francia.

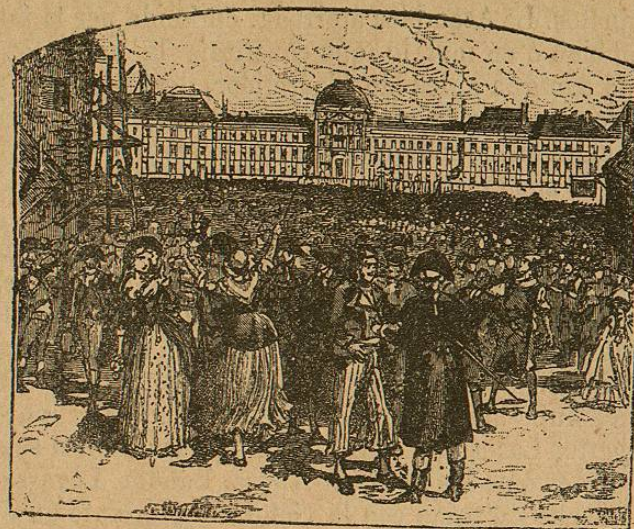
Los girondinos personalmente fueron inocentes. Nunca pensaron en desmembrar la Francia ni sostuvieron inteligencias con el enemigo.

Al terminar estas páginas nos asalta una dolorosa sospecha, la de haber sido demasiado duros por ser justos. Siguiendo este proceso con un interés encarnizado, temiendo oscurecerlo, hemos prescindido de aquellas nobles y grandes discusiones que sin cesar se mezclaban en todas las sesiones. Aparece siempre el sombrío rostro de aquella época, alejada de la luz.

Proclamémoslo aquí para que nadie se equivoque. Los monumentos de esta época, sea cual fuere la violenta grosería de sus formas, testifican un carácter noble y elevado. *El culto á la idea, la fe acendrada á la ley.* Que se escriba la ley y todo se salvará. Aun en medio de los terribles movimientos de los últimos días de Mayo, los jacobinos en Bonconseil y los cordeleros en su club no sueñan más que en la Constitución.

Leed los informes del comité de Salud pública. La idea lo domina todo. El 30 de Mayo cuando se recibe la noticia de la victoria de los vendeanos, entre la insurrección de París se decreta la gran fundación de las escuelas. ¡Soberana fe en la luz, noble y fiera respuesta á las victorias de la barbarie!

¡Ah! Nada significa aun que hayan visto en este libro las violentas discusiones de la Convención. Es necesario observar la nobleza, la fuerza heroica que animaba á estos grandes patriotas dando á sus discusiones una base de amor y paz. En tales circunstancias Danton elogia á Vergniaud y éste á Saint-Just. Sobre los puntos más elevados de la filosofía era idéntica su opinión. Más de una vez brilló entre ellos la luz de la fraternidad, de la reconciliación, que hubiera sido la salvación de la Francia.



LIBRO VII

CAPITULO PRIMERO

PARÍS Y LA CONVENCION

Miserias y grandezas de la Convención.—Peligros que corría la Francia.—El crimen de la Gironda.—¿Existía gobierno?—La única fuerza organizada reside en los Jacobinos.—Nuevos aspectos de la revolución.—La Montaña no quiere dar el gobierno á Robespierre.—Lo que quiere hacer la Convención.—Ausencia de gobierno.—El ejército revolucionario.—Marat y Robespierre guardadores del orden.

La Convención volvió á su cárcel el día 3 en la sombría y pequeña sala de espectáculos de las Tullerías, donde tan triste papel había representado la víspera. La Montaña entró temblando de ira. En aquellos bancos en que se encontró cautiva como la Gironda se veía á Gregoire que gritaba y gesticulaba, á Lacroix que había llorado; soportando las risotadas de las tribunas, se le representaba de nuevo el espectáculo de un montañés que habiendo necesitado salir se le envió una guardia compuesta de cuatro fusileros...

Los realistas bailaban de gozo: «El rey fué obligado á calarse el gorro frigio... Esta vez ha sido la Convención. Quizás se ponga un gorro verde y se convierta esta nueva realeza en una dictadura.» (*Revoluciones de París*).

¿Es esto decir que la Asamblea fué un conjunto de cobardes donde no había más que Sieyes?